

Primera curación del alma

[Lectura de *Anochecer en San Antonio de la Florida*]

CÉSAR GAVELA

*Mi vida se ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos,
y tu memoria era la única que la acompañaba.*

Este relato lírico es, tal vez, el testimonio en prosa más sincero e íntimo de la vida de Enrique Gil y Carrasco. La transparencia, levemente velada, del alma de un incipiente escritor que se encuentra en un momento crucial de su vida. En una divisoria de aguas, aunque ya dando sus primeros pasos del otro lado, del nuevo. Y desde esa vertiente recuerda y honra la primera. La convierte en arte, en memoria perenne. Porque solo el arte puede detener el paso del tiempo. Y la muerte, claro. En la obra de Enrique Gil la muerte y el arte van muchas veces juntos. Con el amor.

Anochecer en San Antonio de la Florida narra una ardiente ensoñación. Pero esa fantasía tiene origen real, como fácilmente deduce el lector. Su fundamento verídico es el dolor de Enrique Gil por tres muertes sucedidas apenas un año antes de la publicación del relato: la de su amada, que en el mundo se llamó Juana Baylina, la de su mejor amigo –Guillermo, hermano de aquella– y la de su padre, un castellano de Soria llamado Juan Gil y Bas. A esa triple pena se une la añoranza por el valle natal. Al que volverá Enrique Gil en varias ocasiones, pero en el que ya no vivirán aquellas personas tan queridas. Lo que sería fuente de una gran nostalgia. Enrique Gil fue un hombre construido de carne, sangre y melancolía.

El berciano tenía 23 años cuando firmó este relato en *El Correo Nacional* de Madrid en noviembre de 1838. Un Enrique Gil que se oculta bajo el nombre de Ricardo T. Un joven que caminaba una tarde por las afueras de la ciudad, costumbre que muy probablemente compartía con el autor del texto. Entonces la capital tenía solo 180.000 habitantes, su extensión no era muy grande y la naturaleza estaba cerca. A media hora a pie desde la Puerta del Sol.



En aquellas caminatas, sobre todo en las de sus primeros meses en la capital, Enrique/Ricardo T. se buscaba a sí mismo. Buscaba la luz tanto para su vida como para sus empeños literarios. Observaba los árboles, el césped, el cielo, las montañas del Guadarrama. También a las personas que ocasionalmente se cruzarían con él por los caminos. Y de cuanto veía y pensaba se iba reafirmando su vocación artística y su determinación por afianzarse en Madrid.

El escritor tenía una gran querencia por el pasado, como tantos románticos. Pero en el caso del *Anochecer* no estamos ante un pasado histórico o colectivo sino ante el suyo personal. El joven leonés estaba enamorado de su tierra, del propio amor y de la literatura. También de la historia y el periodismo. Porque periodista sería esencialmente. Ese fue su oficio, el escenario donde expresaría sus múltiples inquietudes. Desde la crítica teatral a la literaria, que ejerció con gran inteligencia e intuición, y desde la crónica de viajes al ensayo divulgativo de temas diversos, aunque con preferencia por la historia.

Anochecer en San Antonio de la Florida es un texto breve y extraño, difícil de clasificar. Podíamos tantear que se trata de un poema en prosa, o tal vez de un cuento que aúna lo lírico y lo fantástico. Incluso cabría hablar, *avant-la-lettre*, de auto ficción. Y es que tiene algo de todos esos géneros fronterizos. Géneros que, por otra parte, han dado páginas excelsas a la literatura. Obras que rompen los márgenes de las formas más frecuentadas y previsibles. Gil y Carrasco, al publicar este original trabajo manifestaba su libertad creativa.

El *Anochecer* es una de las primeras colaboraciones que publicó en la prensa madrileña. Sus páginas, muy emotivas, dan cuenta de su corazón cuando el escritor ya está en la antesala de una intensa carrera literaria. Ciclo que se desarrollaría en apenas seis años y cuyos frutos fueron, entre otros, una célebre novela, una notable colección de poemas, una novela corta y decenas de meritorios artículos.

Enrique/Ricardo T. llegó un día a la ermita de San Antonio de la Florida, el pequeño templo donde hoy reposan los restos de Francisco de Goya. Ermita que guarda unos célebres frescos del gran artista aragonés que había muerto diez años antes, exiliado en Burdeos durante el periodo oscurantista que protagonizó aquel monarca siniestro que fue Fernando VII. Rey fallecido cuando Enrique Gil estudiaba el tercer curso de Derecho en la universidad de Valladolid.

Ricardo T. contempla las imágenes religiosas que decoran la ermita de San Antonio y en aquel ambiente de crepúsculo y soledad experimenta una sensación que sucede entre el pasado y el presente, entre el sueño y la realidad, entre lo terreno y lo sobrenatural. En ese marco de bruma y fervor se desborda



el corazón del escritor, se abre a lo misterioso. Y en esa turbación aparecerá en la ermita, milagrosamente, su amada muerta. Angélica recitará entonces el poema que el propio Ricardo T. había escrito para la noche de su despedida. Es la prueba de que ella es el amor del joven abatido. Enviada desde el cielo para reconfortarle.

Triste es decir adiós a la esperanza
junto a la puerta do asomé el placer...
mas pasaron las auras de bonanza
y sopla el huracán... ¡adiós, mujer!
¡Pobre Ricardo! El ángel de la vida
al extender sus alas sobre ti
cegó tus ojos con su luz mentida...
¡Sombras eternas morarán allí!

Es un momento mágico y fantasmal. Teñido de luces religiosas pero también de esperanza. “Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la principal cualidad de su índole generosa, y que solo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores y una especie de éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser”.

El escritor exponía así el alma a los lectores, bajo la imagen de Ricardo T. Narraba su alegría efímera por volver a ver a su joven enamorada y agradecía a Dios el haberle dado aquel regalo. Que tenía auras de eternidad, por ser señal fiable para un futuro en el más allá. Un porvenir celestial en los brazos de aquella muchacha del Bierzo, que Enrique Gil había amado platónicamente y que ya había muerto.

El *Anocheceer* es también la noticia de la curación sentimental de Ricardo T. O de Enrique Gil. El consuelo para la herida que embargaba su corazón. “Desde aquella tarde memorable, las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida y bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen su espíritu, la reminiscencia de la gloriosa aparición era una especie de luna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba a esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida y el paso por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño y poblado además de ensueños, de esperanzas, de amor y de justicia”.

Ricardo/Enrique había sanado. Porque la buena literatura no solo cura, sino que también abre el mundo, abre la vida. Es pureza y revolución.

